

La rosa pagana Por Mario Satz

La rosa y sus símbolos

La rosa pertenece a la familia de las rosáceas, dentro de la cual se hallan también otras plantas cultivadas como el manzano, el peral, el cerezo y el ciruelo. No obstante, la rosa es la única integrante del género *Rosa*, cuyas características más notorias son las siguientes: se trata de una planta leñosa de hojas caducas, con tallos provistos de espinas, muy pocas veces inermes, hojas compuestas de folíolos y flores que por lo general tienen cinco pétalos. Al principio, muy al principio, no había más que rosas silvestres a orillas de los caminos, por lo general blancas o ligeramente rosadas. Después, y gracias a la intervención humana, sus formas fueron evolucionando a lo largo de la Historia y quedó, la rosa, fijada de mil maneras.



Suele considerarse antigua a toda rosa anterior a 1920, época de los primeros cultivos comerciales. Si pensamos en la fecha unos instantes veremos que coincide con el art nouveau, las exposiciones universales y por ende los primeros cruces productivos. Fue en el Oriente Medio, empero, en torno al Golfo Pérsico donde, en mitad del desierto, nacieron los primeros jardines y con ellos el cultivo de la rosa. Esto ocurrió, se cree, alrededor del año 600 a de la Era Común. Los persas serán, a lo largo de los siglos e incluso hoy en día, quienes mayor uso y destino confieran a nuestra flor (que participa de la repostería, la cocina y el recetario médico), a pesar de que los chinos reclaman para sí el origen de la rosa ajardinada. Y no sería extraño que estuvieran en lo cierto: durante las últimas glaciaciones la mayor parte de China y de la India se salvaron del hielo conservando, en terrenos bien protegidos, lo que en Occidente estaba destinado a desaparecer. Así, el melocotón, las naranjas e incluso el jazmín avanzaron, en su momento, de China a Persia, desde donde se expandieron por el resto del mundo.

Según la mitología griega, cuando Afrodita, la diosa del amor, corría a reunirse con su amado Adonis en trance de muerte, fue arañada por las espinas de un rosal blanco cuyas flores se tiñeron de rojo con su sangre. La leyenda romana sostiene, en cambio, que el color rojo de las rosas es el reflejo del sonrojo de Venus al ser sorprendida en el baño por Júpiter. Según la poeta Safo, "si fuese preciso nombrar una flor que con inigualable belleza gobernase en la pradera, la rosa, sin duda alguna, sería la reina de las flores ." Esta idea respecto de la realeza de la rosa también es detectable en la India, cuya cultura está literalmente obsesionada con el simbolismo de las flores (lotos, nenúfares y caléndulas), y que llama a su rosa cósmica Triparasundari que hace referencia a la madre cósmica, perfección femenina del universo. Dado que la isla

griega de Rodas debe su nombre a las rosas-en griego se las llamaba rhodon-, es fácil de imaginar cuál es el mejor clima para cultivarla: seco, cercano al mar, muy soleado y de inviernos no demasiado crueles.

La rosa, que fue cantada con admiración por Anacreonte, Herodoto, Homero y Virgilio, era objeto-en el mundo clásico- de las más delicadas alegrías, ocupando, en la vida cotidiana así como en los relatos mitológicos, un lugar destacado. Cualesquiera fueran las circunstancias de la vida, festivas o fúnebres, veían aparecer a las rosas. La clase alta romana pagaba precios de oro por las rosas obtenidas en cultivos artificiales durante el invierno o bien traídas por mar desde Egipto, en donde su estación era, por supuesto, más larga. Flotaban en vasos de alabastro en todas las comidas y coronaban las frentes de los invitados en las cenas y los ágapes imperiales. En aquellos años dorados del paganismo, las rosas favoritas eran las que Plinio denominaba rosas de Campaña, Pesto, Mileto y Cartagena. Lugares que, como se ve, estaban lejos del epicentro romano. Por su perfume, pero también por la sedosidad hedonista de sus pétalos, las rosas se asociaban al éxito y al placer, y será ése el motivo por el cual el naciente cristianismo la rechazará para recuperarla, siglos más tarde, en la era carolingia.

En Roma se consumían tal cantidad de pétalos, se tejían tantas coronas y guirnaldas para agasajar a los vencedores, que no sorprende que los campesinos le dedicaran, con frecuencia, más tiempo que a los cereales. Y otro tanto ocurría con las violetas desde que fueran instauradas las fiestas llamadas rosaria y violaria en honor de los muertos, a cuyas tumbas se llevaban ramos para homenajear su memoria. Esta relación de las flores con la muerte, siendo, como son, seres tan vívidos, procede sin duda de Egipto, que perfumaba al máximo a sus momias; además del hecho notorio de que toda la Antigüedad pensó el más allá como "campos de asfódelos o de narcisos". ¿Será casual que en hebreo bíblico, en el que la rosa se llama shoshaná (que dará los nombres de Susana y Azucena), morir se diga paráj neshamató? , es decir "floreció su alma"? Además de constituir un símbolo de valor y de coraje, las rosas estaban en el mundo clásico revestidas de gran significado social.

Cuando la VIII Legión volvió victoriosa de la campaña dirigida por Escipión en el norte de Africa, se concedió a sus hombres el honor de incluir una rosa en su escudo, privilegio que no se otorgaba con frecuencia. En el ámbito latino el jardín de rosas llevaba el nombre de rosarium y, por extensión, el vivero de dichas plantas rosetum. Cuando un ciudadano romano lograba cultivar una variedad nueva se le ponía un nombre a la rosa y la familia del obtentor lo adoptaba a partir de entonces, en vez de ser la rosa la que llevaba el nombre de la familia. Además de su utilización en la confección de coronas y guirnaldas, las rosas eran un elemento indispensable en la decoración de las casas y presidían, con frecuencia, los centros de mesa. Los amantes solían intercambiarlas como regalo teniendo presente, en todo momento, su nexo con Afrodita. Hasta las copas de vino se engalanaban con rosas o se colmaban de pétalos. El grado de sofisticación en su cultivo llegó a ser tan grande que, a más de las variedades importadas que procedían de las colonias en el norte de Africa o del Oriente Medio, los romanos construyeron invernaderos para tener rosas en los días más fríos e

inhóspitos del año, para lo cual mantenían el calor de la tierra llenando dos veces al día con agua caliente las acequias que rodeaban los jardines cubiertos.

Cicerón cuenta que el gobernador de Sicilia, Verres, se trasladaba en una litera con cojines rellenos de pétalos de rosa. Nerón, por su parte, agasajaba a sus invitados con una lluvia de pétalos de rosa y se dice que el suelo de la sala estaba cubierto con una espesa capa de flores, encima de la cual se tumbaban los comensales. Es posible que esto tenga relación con la creencia romana según la cual las rosas eran un buen antídoto (1) contra la embriaguez. Imitando a Nerón, el extraño y delirante emperador Heliogábalo (204-222) agasajó a sus invitados con una lluvia de pétalos tan intensa, que varios murieron asfixiados. Este tema tan desventurado y decadente inspiró el famoso cuadro del holandés Alma Tadema llamado, precisamente, Las rosas de Heliogábalo.

Por otra parte, y al igual que el narciso y la amapola en los Misterios de Eleusis de Grecia, la rosa era también y entre los romanos un símbolo del misterio del origen de la vida, de modo que todo secreto que se pronunciase sub rosa, es decir bajo la tutela de la rosa, exigía de quienes lo oían el más absoluto silencio. Probablemente por eso Lucio, el personaje de la novela El asno de oro de Apuleyo, retorna a la condición humana tras sus desventuras como pollino ingiriendo rosas. Hasta tal punto las flores nos remiten a lo mejor de nosotros mismos.

He aquí, por fin, un poema griego (2) que resume en todo su delicado sentimiento lo que el mundo clásico pensaba de las rosas:

Elogio de la rosa

Echemos en el vino pétalos de la rosa amorosa, y coronados de suaves flores, bebamos y riamos. Oh, rosa, flor deleitosa entre todas las flores; rosa, delicia de la primavera; rosa, voluptuosidad de los dioses. Tú, a quien Cupido pone en su cabeza cuando va a jugar con las Karites; tú eres quien me embriaga, oh rosa. Yo cantaré a Dionisos mientras una virgen de hermoso seno-su cabellera mezclada de rosas-dirigirá la danza jovial.

(1) Rosamond Richardson: El libro de las rosas, Olañeta Editor, Mallorca 1988.

(2) Ferdinand Herold: La guirnalda de Afrodita , Visor, Madrid 1979.